

El Porfirismo

Historia de un régimen*

(El descenso)

El amanecer del siglo XX presentó a don Porfirio Díaz eguiando el carro de la victoria de su régimen personal de gobierno, dando la idea de ser el automedonte mexicano; y dentro de ese cuadro no parecía tener antecesor y menos sucesor en la república de México. Tal era su grandeza; tal su omnisciencia, puesto que cada uno de sus pasos, sus amigos y allegados, advertían que Díaz poseía el conocimiento de todas las cosas reales y posibles.

A los titubeos, en la primavera de 1899, durante los cuales, la élite política del porfirismo creyó ver en las oscuridades del Presidente, la indecisión de éste sobre la hora de cumplir con lo que el propio don Porfirio ofreció y llamó "una evolución política" del país, conforme a la cual no aceptaría una nueva reelección, y designaría a don José Yves Limantour como sucesor; a tales titubeos, repetimos, se siguió el arrepentimiento de abandonar el Poder, lo cual hizo suponer a las personas que estuvieron enteradas del proyecto de "evolución política", que don Porfirio Díaz nunca había tenido el propósito de dejar la presidencia de la república, engañando al señor Limantour y a los caudillos del partido Científico.

Para la quinta reelección del general Díaz se quiso actuar dentro de un teatro original y, al efecto, el Círculo de amigos de Díaz, convertido en Junta Directiva de la convención nacional, hizo un llamado a los ciudadanos mexicanos para que expresaran sus deseos de que don Porfirio se reeligiese, por medio de un plebiscito, que se efectuaría el 1° de enero de 1900. Sin embargo, el proyectado democrático proceder quedó por tierra cuando el Círculo Nacional Porfirista, con prestancia seductora para el gremio oficial, expidió un manifiesto, el 13 de enero, pronunciándose en favor de la reelección de don Porfirio y con lo mismo haciendo infructuosa la consulta popular de la Junta.

La proclamación reeleccionista quedó rubricada en una convención, que integrada por delegados de los gobernadores de estado, ratificó por unanimidad, como de antemano se sabía, la continuación de don Porfirio en la presidencia de la república. Tanto la reunión convencional, como en junio siguiente, el acto electoral fueron piezas de la maquinaria oficial que dirigía y administraba el señor Díaz, por lo cual hacía

posible decir, con la inscripción hebraica, que sin éste, nadie levantaba mano ni pie.

Con procesiones por las calles de la capital, en las que participaron la gente de dinero y los empleados públicos; con cohertería en los barrios populares de la que hacían goce los muchachos y con los besamanos en el palacio nacional, fue festejada la reelección porfirista, mientras el mundo no oficial guardaba un silencio sospechoso. La algarabía, aun dentro del gremio porfirista, tuvo mucho de superficial.

Para la élite política don Porfirio merecía respeto, no tanto por sus atributos de mando, cuanto por la firme creencia de que no había mexicano con la capacidad necesaria para llevar las riendas del Gobierno nacional; idea de la que participaba, con justo gozo, el Caudillo; pues si es cierto que hacia las postrimerías del siglo XIX indicó al Secretario de Hacienda José Yves Limantour que no aceptaría la reelección en 1900, y que había pensado en él, en Limantour, para que le sucediese en el Poder, hizo motivo de esta confianza a los más allegados al Ministerio de Hacienda, entre quienes estaban Roberto Núñez y Rosendo Pineda. Comisionó a este último para que redactara un manifiesto anunciando su renuncia a la reelección y dijo tener un plan, conforme al cual llamaría uno a uno a los principales gobernadores para "hablar con ellos, comprometerlos, acercarlos a Pepe (Limantour) para que él también les diese seguridad", pues tales gobernadores formaban "el cuadro político" del régimen porfirista, "y por eso", agregó don Porfirio, "quiero proceder de acuerdo con ellos" y si se resistieran sería "por temor de perder sus puestos", porque nadie querría "ir a la carta que no viene".

Esto último no lo había hecho el presidente Díaz, debido a la ausencia del país de "Pepe", quien, en efecto, se hallaba en Europa, trabajando en la conversión de la deuda de México, de manera que los tres empréstitos de la última década del siglo XIX quedasen reducidos a uno solo, con un interés de cuatro por ciento. De esta suerte, y estando "Pepe" en el extranjero no hubo oportunidad para llamar y conquistar a los gobernadores. Por tal razón se le ocurrió a don Porfirio "otro plan", consistente en que fuese lanzada la candidatura presidencial de Limantour junto con la de él, don Porfirio, y aunque a la hora del cómputo electoral los votos que favorecieran a la reelección de Díaz fuesen más que los otorgados a Limantour, éste quedaría ya en el escaparate de la presidencialidad.

* Manuscrito inédito. El texto que se reproduce parcialmente, aparece sin notas.

Todo eso dicho por don Porfirio y transcrito por Pineda a Limantour, en uno de los documentos más trascendentales de los días del porfirismo, lo refutó el mismo Rosendo. ¿Para qué dar tantas vueltas al negocio político, cuando lo más viable era ir derecho a la reelección, que constituía el deseo de los mexicanos?

Con las palabras de Pineda, el pensamiento de don Porfirio dejó de aletear. Si tal quería el pueblo, sería necesario marchar a la reelección, entendiendo el Presidente que la conversación con don Rosendo efectuada en Chapultepec, el sábado 23 de septiembre, sería transmitida a Limantour, puesto que el "papel" que Pineda desempeñaba cerca de los dos personajes al hacerle "confidencia de sus proyectos reales o supuestos", era "el de hilo conductor fidelísimo de las impresiones y pensamientos del uno para el otro".

Tras de aquella conversación, Pineda terminó la última de las veinte carillas escritas a Limantour con estas palabras:

"Pero bien, ¿el Pte. ha pensado ingenua y seriamente en dejar el Poder, pa. preparar o consolidar el provenir, como decía él mismo? O adrede preparó una farsa indigna por innecesaria e inútil, temeroso de que U. creciese demasiado en el espíritu público? Muchos creen esto último..... Yo me resisto todavía a creerlo; pero debo confesar que en apoyo de la primera pregunta no hay más que los arranques de lirismo patriótico que el Pte. ha tenido con Ud., con Roberto (Núñez) y conmigo, es decir, palabras, palabras, ni un hecho solo..... Iremos, pues, a la reelección, y quiera Dios que sea pa. bien del País y del Caudillo mismo."

La determinación tomada por don Porfirio durante el diálogo con don Rosendo Pineda, ya estaba clavada en el alma del Presidente desde antes; pues enseguida de la marcha de Limantour a Europa, en el mes de junio, pidió a su ministro de Justicia, don Joaquín Baranda, que diera un dictamen acerca de la constitucionalidad de don José Yves Limantour, para ser presidente de la república, ya que éste era hijo de franceses; y Baranda tras un extenso informe, llegó a la conclusión de que don José Yves, no podía ser presidente debido a que no era mexicano por nacimiento, lo que hizo considerar a don Porfirio, que en el caso de ceder el Poder al Secretario de Hacienda, exponía al país a graves peligros.

Baranda, aspirante a la presidenciabilidad y quien bien conocía los verdaderos designios de Díaz, empezó a divulgar la idea, ya por rivalidad política con don José Yves, ya por las envidias que despertaban los favores que don Porfirio prodigaba a Limantour, empezó a divulgar la idea, se repite, de "que nadie podría ser Presidente, mientras viviera el General; que nosotros, los científicos (escribió Pineda) éramos unos... imbéciles que estábamos creyendo que el Presidente era capaz de abandonar el Poder..... que sólo un niño podía creer eso, y no creía él, Baranda, que fuéramos tan candorosos; que lo más que podía advertir era que el Presidente jugaba con nosotros".

Las palabras de Baranda, dichas con señalado énfasis daban a entender que el Presidente le había hecho alguna confidencia; pero dejando lo último entre los supuestos históricos, lo cierto es que a partir de esos días, la vieja competición política entre Limantour y Baranda, se convirtió en feroz enemistad,

no obstante que aquél sabía que don Porfirio jamás dejaría el Poder a su Ministro de Justicia, quien si ciertamente era Consejero del Presidente y autor de los informes presidenciales al Congreso, Díaz lo tenía como persona conflictiva debido al carácter impetuoso que manifestaba en sus acciones.

Aparentemente convencido por el dictamen del Ministro de Justicia sobre la inconstitucionalidad de Limantour para ser Presidente de la República, don Porfirio sólo pensó, como había sido siempre su deseo, en su reelección; pero ¿cómo deshacer las confidencias hechas a don José Yves y de paso al General Bernardo Reyes? Limantour, viendo correr los meses, después de su encuentro con Reyes, del que hemos hablado en tomo anterior y de los secretes con Díaz, empezó a sentir el temblor de la duda bajo sus pies, y tratando de entrever la realidad ambiciosa de don Porfirio, escribió a éste desde el balneario europeo de Carlsbad, diciéndole la conveniencia de que desde luego aceptara una nueva reelección, pues que la confianza de los banqueros de Europa y Estados Unidos para hacer la conversión de la deuda de México, estaba en la permanencia del General Díaz en el Poder.

Hecha la apertura reeleccionista por Limantour y diciendo tener la certeza de que no había un mexicano capaz de sucederle en la Presidencia, pues muertos estaban don Manuel González, don Manuel Romero Rubio, don Ramón Corona y otros caudillos de la guerra de Intervención, y deshulvanadas las presidenciabilidades del General Francisco Z. Mena y del licenciado Joaquín Baranda, aquél por su carácter jacarandoso; éste por lo agrio de su temperamento, don Porfirio se sintió una vez más iluminado por la suerte y por la firme seguridad de ser el único que podía mantener la paz en la



República, haciendo omisión de los sistemas para lograrla.

Después de paladear el Poder por veinte años, no era fácil que el General Díaz lo abandonara. Muy grato debió ser para él seguir atado a los brazos de *doña Leonor*, como el propio don Porfirio llamaba a la silla presidencial. El culto a su persona hecho por la élite política, no le permitía advertir la causa de la modorra de sus conciudadanos, ni lo inmerso de las multitudes, ni la discriminación que sufría el mundo rural, todo lo cual hizo que los mexicanos viesan con desdén el reeleccionismo.

Tampoco le mortificaron las palabras de don Justo Sierra: "... la reelección significa hoy la presidencia vitalicia, es decir, la monarquía efectiva con un disfraz republicano...."

La carta de Sierra no desazonó al Presidente, porque con excesiva complacencia, la contestó así, bien sabiendo que no era tal su verdadero pensamiento, ya expuesto en su conversación con don Rosendo Pineda: "Esa opinión (antireeleccionista) es igual a la mía que manifesté de hecho en el año de 1880".

Y para mayor probación de que era contrario a continuar en el Poder, no sólo por principio, antes también debido a su edad, cuando una procesión de industriales, banqueros, comerciantes y propietarios terminó su recorrido por las calles de la Ciudad de México, y se instaló en el Patio de Honor del Palacio Nacional, el General Díaz, dirigiéndose a quienes le proclamaban candidato presidencial por quinta vez, dijo: "Al comenzar el nuevo período presidencial, tendré setenta años, y al terminarlo, setenta y cuatro..... No creo que un hombre entre los setenta y uno a los setenta y cuatro, sea el hombre, el jefe a propósito para conducir a un pueblo". Sin embargo,

las presiones de sus admiradores le hacían aceptar su reelección.

La presión más vigorosa provenía de los acaudalados españoles: industriales, comerciantes, hacendados, propietarios y mineros, dueños de un alto porcentaje de la limitada riqueza nacional. Los que acaudillaban Íñigo Noriega y Telésforo García. El primero, rico y poderoso terrateniente; el segundo, periodista con aficiones literarias, hombre de posibilidades económicas y capitán de un partido político, impopular por ser extranjero "y por español y además deconceptuado".

Al llegar, pues, el enero de 1900, todo dentro del campo político era risueño a don Porfirio. No podía decirse que nacionalmente fuese popular. La estimación en el concepto público estaba constreñida a los políticos militantes, que formaba en distintos y pequeños grupos; a los empleados del Gobierno; a los extranjeros, ahora dependiendo de ultramarinos, ahora adinerados; a la mayoría de la clase sacerdotal y al artesanado de la ciudad de México. Aplaudíasele como "reorganizador de la República", por haber engrandecido el Estado y "desarrollado una Nación".

"Don Porfirio no era de estatura muy elevada (tendría a lo más un metro ochenta) pero su continente era tan desenvuelto y su aire tan marcial.... que parecía más alto de lo que era en realidad. Algo había en su paso que le era peculiar... Hablaba reposadamente, con voz ronca y acompasada, sin accionar ni mover las manos, mirando fijamente al interlocutor y sin aire imperativo." He aquí un retrato del General Díaz en los días que estudiamos.

Hacia ese 1900, "todo marchaba bien en el país aparentemente; había paz casi completa; reinaba gran seguridad por dondequiera; iba en constante aumento la extensión de las líneas ferrocarrileras y telegráficas; surgían a cada paso las empresas; funcionaban activamente los bancos y ganaba crédito la nación a gran prisa en los mercados extranjeros".

Sin embargo, el Presidente se sentía solo. Sus Ministros envejecían; sus gobernadores, aunque en el cuadro de la lealtad, vivían en un nivel abajo del Ejecutivo. Además tenía la certeza de haber herido, debido a la retractación hecha de la "evolución científica", a don José Yves Limantour; también al General Bernardo Reyes, como consecuencia del cambio de planes políticos. Bien sabía don Porfirio que un Jefe de Estado, por muy grande que sea su poder, requiere la cercanía de dos brazos fuertes; pero a condición de que tales correspondieran a otra generación que no fuese la suya —a una nueva generación porfirista. Por algo al presidenciado del General Díaz se le llamaba específicamente *régimen porfirista*. Don Porfirio quería olvidar y apartarse de todo lo decimononesco. Nada que fuese de su época para que no rivalizara con él. No era un reformador, sino un conservador de su autoridad. Buscaba la supremacía de su personalidad. Huía de las sombras vivas; glorificaba la proyección oscura de los difuntos. Con éstos sólo hacía un campo ornamental en cuyo centro aparecía él a manera de alma única y poderosa. Vengábase así y sin peligro alguno de sus enemigos políticos: de Benito Juárez, de Sebastián Lerdo de Tejada, de Manuel González, de Ramón Corona; y era que la competición y odio entre los grandes de una época, no se finiquita con facilidad. ◇

